

*Sobre la tierra acampas como dueño
con las legiones pálidas de tu imperio disperso.
¡Oh roedor, tus dientes infinitos devoran
el color, la presencia de las cosas!*

*Hasta la luz se viste de silencio
con tu envoltura gris, sastre de los espejos.
Herederero final de las cosas difuntas,
todo lo vas guardando en tu ambulante tumba.*

(*País secreto*, pp. 25-26.)

Frente al polvo —negación de la exterioridad— la conciencia humana se constata solitaria y sin otra posesión que su recuerdo. Cuando el poeta insiste en que «Nada nos pertenece» (*País secreto*, p. 37), que la soledad es la «única patria humana» (*Edades poéticas*, p. 191) y que a todos nos está reservada una muerte privada, nos orienta hacia su propio dilema ontológico. Así, pues, vueltos sus ojos hacia el fondo de sí mismo constata que el derrumbe no es solamente externo, sino también interno y personal:

*Un viejo vive en mí fabricando mi muerte.
A su soplo se tornan en ceniza los años,
los frutos descomponen sus azúcares
y la escarcha visita mi laberinto orgánico.*

*Viento, agujas y pálidas sustancias
manipula este huésped emboscado.
A veces, mientras duermo, se escucha un dulce líquido,
que se vierte en su cántaro.*

*Ha bañado mi piel con su amarilla química.
Ha moderado el clima de mi mano.
En lugar de mi rostro, el suyo con arrugas
en los espejos hallo.*

*Conspira en lo más hondo
donde la entraña tiembla —animal fatigado—
y entre verdes sustancias y retortas de hielo
fabricando mi muerte deja pasar los años.*

(*Biografía*, pp. 31-32.)

Con imágenes un tanto científicas, el poema reproduce aquí la dinámica de «La alquimia vital», alquimia que no sólo implica transmutaciones químicas y fisiológicas, sino también ontológicas. Esa descomposición de azúcares y sustancias (cambios químicos) que afecta el clima de la mano y el rostro (cambios fisiológicos-vejez) conduce,

en última instancia, si no a la desintegración, sí a la escisión de la conciencia: al reconocimiento de que uno es otro de lo que se creía.

Esta intuición de la vida como un proceso, como un devenir y un hacerse, expone el carácter huidizo que posee el ser en su entraña: la vida es una fuga y un empuje interno hacia la muerte. Es, pues, una conciencia madura la que llega al reconocimiento de que la temporalidad es el elemento primario de la alquimia vital. Aceptada la nueva identidad de viejo, el tiempo, en lo que tiene de duración transcurrida, se convierte en memoria y objeto de contemplación: «Sepultura del tiempo: /dejé en ti mi cadáver de veinte años». (18). Lo que fue es un recuerdo, un fantasma; es «El visitante de niebla» que comparece al presente «por un signo, una voz o una forma llamado» (*El visitante de niebla*, p. 6).

Cuando Baudelaire nos habla de «La vie antérieure», nos transporta a parajes exóticos y fantasiosos en los que dice haber habitado bajo pórticos altos y luminosos que se fingían cavernas de basalto, y en donde una calma voluptuosa y esclavos impregnados de olores le aliviaban sus secretos dolores. Por su parte, Carrera Andrade, cuando evoca su vida anterior, crea la sensación de algo real e inmediato que acaba de perderse tras una cortina de años.

*Si entro por esta puerta veré un rostro
ya desaparecido, en un clima de pájaros.
Avanzará a mi encuentro
hablándome con sílabas de niebla,
en un país de tierra transparente
donde medita sin moverse el tiempo
y ocupan su lugar los seres y las cosas
en un orden eterno.*

(*Familia de la noche*, p. 9.)

Tiempo y espacio irrecuperables: tumbas los dos de los seres más queridos. Evocarlos es evocar la «Familia de la noche» y agudizar la conciencia de la soledad presente. El mundo es otro; el poeta es otro; su poesía es otra. Con tono grave, múltiples variaciones metafóricas, repeticiones de imágenes y de palabras, los poemas reiteran, ahora, un mismo contenido espiritual: la abrumadora experiencia de la soledad. En un mundo asediado por la sombra, donde las cosas sólidas se desustancializan, nos encontramos con la «soledad convertida en elemento» (*Familia*, p. 31). El agua, símbolo de la transparencia y de la vida, es ahora «agua de soledades celestiales» (p. 32); la blanca magnolia es «soledad congelada» en el jardín terrestre, don-

(18) *El visitante de niebla*, p. 5. Otras citas serán incluidas en el texto.

de, en realidad, son «lenguas de soledad todas las flores» y el espacio aéreo, «prisión de transparencia» (pp. 34, 35, 36).

El tiempo de soledad no sólo ha subvertido el mundo, sino también la poesía: la ha desprovisto de su antiguo cromatismo y le ha dejado sus tonos grises y oscuros o la frialdad de la blancura; a las imágenes, antes fluidas y plásticas, les ha dado consistencia pétrea, y al protagonista poemático lo hace aparecer sumido en el más hondo pesimismo. En efecto, desde su «Prisión humana», desde su «Mundo con llave», el poeta se enfrenta a la «muda vegetación / de oro del firmamento» (*Lugar de origen*, p. 25) que en silencio lo mira, sin explicitar su mensaje luminoso. A la deriva en el borrascoso mar de sus dudas, el poeta pierde la esperanza y concluye que ya «De nada sirve la isla», porque, como dice,

*¿De qué sirve embarcarnos en una guitarra
cana de soledad,
—de la soledad salida de madre—
.....
huyendo de ese saurio que nos sigue
por la corriente turbia de los días
y que acecha el minuto del naufragio?*

la enumeración de cosas que de nada sirven confirma la pérdida definitiva de esa antigua confianza en el mundo material, acrecienta el sentimiento de vulnerabilidad e insignificancia del hombre y su certidumbre de la catástrofe final. A la pregunta anterior, el mismo poema se responde:

*De nada sirve la isla coronada de hojas y de plumas
en cuya arena el agua toma el molde de las pisadas
porque encontraremos la moneda de plomo o el día acuñado
en donde la muerte ha puesto su efigie.*

*De nada sirves, rosa
que en tu eje estás torneando una llama sin prisa,
de nada tú, diamante o mineral araña de fulgores,
de nada, frescas burlas o alfileteros del sicomoro
con los que se sujeta la pesada y dulce tapicería de la tarde.*

*De nada sirven, tierra, tus piedrecillas de colores
porque el cielo guarda un obstinado silencio
y el río repite sin cesar
con paladar de líquido y de sombra
una idéntica sílaba mojada.*